

Perfumeria IXORA... Fabon, Esencia, Agua de Tocador, Flocada, Aceite, Polvo de Azúcar y Crema

EDICION DE LA TARDE DE AYER Y DE SETIEMBRE... LA CORRESPONDENCIA HA RECIBIDO ESTA TARDE LOS SIGUIENTES DESPACHOS TELEGRAFICOS:

Alejandro 4 (recibido el 5). Es probable que a fin de noviembre próximo el ejército inglés de ocupación en Egipto quede reducido a 3000 hombres. A fin de la semana actual las tropas inglesas volverán a guardar el Cairo.

nos de la Cornia celebró ayer un banquete de 130 cubiertos. El alcalde de aquella capital y el diputado señor Linares Rivas brindaron por que cuando antes se construya el ferro-carril directo a Santiago. Hubo otros muchos brindis. El banquete terminó a las cinco de la tarde.

distintos de la península, y en estas condiciones cree el Sr. Montero Ríos que se necesita un gobierno fuerte, una situación definida, que a un tiempo sea enérgica y prudente y pueda conceder toda la libertad necesaria y garantizar el orden de una manera completa.

de propaganda, pues su acción habría sido nula, ni tenía para qué darme armas, porque siendo la insurrección eminentemente militar, las armas habrían sido dadas a los insurrectos por el gobierno español en persona.

tendian hacer cuanto les fuera posible en auxilio de la tripulación del buque abandonado. Entre los rasgos heroicos realizados con este laudable objeto, merece especial mención el del capitán de El Ecuador, D. Gonzalo Abad, quien desatándose de parte de sus ropas y haciendo sobre su frente la señal de la cruz, lanzóse en medio de las espumosas olas, fiado en la Providencia y en su extraordinario arrojo.

El juzgado y las autoridades se constituyeron al momento en aquella triste mansión, ejerciendo con interés las funciones de su respectivo cargo. La esposa continúa más grave que su consorte, ignorándose todavía la causa de este hecho, que excita mayor curiosidad por cuanto ambos esposos son personas de esmerada educación y contaban con recursos para vivir desahogadamente.

Lartigues frunció el entrecejo. —Tal vez tengáis razón,—murmuró. —La tengo, no lo dudéis. —Tomaremos nuestras precauciones. —Ya estáis advertido. Ahora os dejo. —¡Ah! otra palabra. —Escuchad,—dijo Mauricio. —¿Sabéis qué ha sido del conde Ivan? ¿Le habeis visto? —Le he visto en dos comidas de amigos desde la muerte de Octavia. —¿Habla de sus proyectos? —Jamás. A no haber sido por el incidente del jemeo y la conversación oída o mejor dicho sorprendida por mí en casa de mi madre, ignoraría aun su verdadero nombre y el objeto de su estancia en París. —Un punto importante que aclarar.—¿Se habló a la señora Rosier de Lartigues al llevarla el jemeo? —No; pero sé que la había hablado de él anteriormente, y que no le había reconocido en el hombre matado por mí y espuesto en las mesas de mármol de la Morgue. —¿No le ha reconocido!—exclamó el supuesto capitán Van Broecke.—¿Pues qué! ¿caso le conocía? —Es probable; más aún, cierto. —¿Quién os lo ha dicho? —Mi madre misma, al interrogarla unos días después de la gran escena del reconocimiento. Tampoco yo puedo persuadirme que el hombre que asesinó, llamado Gustavo Perrier, fuese, como pretendéis, Pedro Lartigues. —¿No os podeis persuadir de ello? —No. Lartigues se encogió de hombros. —Es absurdo,—repuso. —¿Por qué? —¿Qué interés tendríamos en engañaros? Mauricio no respondió enseguida. Miró con fijeza a su interlocutor, y después de un momento dijo con voz seca y baja: —Escuchadme... escuchadme los dos... Si me habeis engañado, si el hombre asesinado por mí en la calle de Montorgueil, no era Pedro Lartigues, y este viviese y le encontráis algún día, decidid de parte de su hijo: «Yo no he querido nacer... ¡Mi madre, creyendo las mentiras del hombre que la engañaba, me concibió en la vergüenza... ¡He venido al mundo con la sangre de mi padre en las venas y todos sus malos instintos en el alma...»

su cuerpo, mientras que un sudor frío inundaba su frente. —No lo olvideis,—prosiguió el hijo de Aimée Joubert.—Y si mi padre existe, repetidme lo que os acabo de decir. —¡Diantre!—repuso Verdier con una sonrisa forzada.—No olvidaremos vuestro arranque, que hubiera sido de gran efecto en el teatro; pero os repito que vuestro padre ha muerto. —¡Desgraciadamente es así!—añadió el mismo Lartigues.—Y es una lástima, pues no dejaría de admiraros!... ¡Se reconociera en vos, y os encontraría digno de él... Ahora hablemos de otra cosa. —¿De qué?—preguntó Mauricio. —¿Debo ocuparme de química? —Sí. ¡Voy a hacer de modo que necesitemos pronto ácido prúsico. —¡Bravo! En aquel momento apareció Domingo con una servilleta en la mano, adelantándose hacia nuestros personajes. El mudo venía a anunciarles que el almuerzo estaba preparado. Su espresiva pantomima suplia admirablemente a la palabra ausente. Fue comprendida por los tres miserables que acababan de tratar de nuevos proyectos de crímenes, con la misma tranquilidad que un probo y honrado comerciante trata de negocios, y fueron a sentarse a la mesa donde los esperaba un almuerzo delicado, pues los tres eran glotonos, y Domingo, a sus cualidades de matutino y discreción, unia el talento especial de un cocinero de primer orden.

VII. Dejamos almorzar a los tres miembros de la sociedad de los Cinco, y supliquemos a nuestros lectores nos acompañen a la casa de al lado de la de Lartigues, convertida en colegio por la señora Dubief. Suponemos que no se habrá olvidado que hacía dos meses había entrado Simona en dicho colegio para cuidar de la leñera. La señora Dubief había juzgado muy bien a la joven, depositando en ella una confianza ilimitada. Nunca habían estado ni la leñera ni la ropa de las pensionistas tan bien cuidadas. Gracias a la actividad de Simona habían podido suprimir dos obreras, lo cual constituía una economía notable para la directora del colegio. Simona había abandonado su humilde piso de la calle Gil-le-Coeur. Su pequeño mobiliario que quería conservar, por más que no tuviese ningún valor, adornaba ahora una habitacióncita en el cuarto piso de la calle de la Ville-l'Éveque, situada junto a la leñera e independiente de los dormitorios, cuya habitación tenía una ventana que daba al jardín. En aquella habitación era donde Simona pasaba los domingos cuando no iba a ver a sus protectores. El día en que volvamos a presentar a Simona era un sábado. La hija abandonada de Valentina Dharville había recobrado en salud y vigor juveniles. Volvieron a aparecer en sus mejillas los colores tanto tiempo ausentes. Iba y venía alegre y vivarachita de la leñera a los dormitorios poniendo encima de las camas de las alumnas la ropa del domingo. Ayudaba en este trabajo dos obreras a sus órdenes,

—¿Cómo estaba cuando la visteis por última vez al marcharos a vuestra habitación? —Me pareció que debía estar preocupada o triste. —¿Cerrasteis las puertas al marcharos? —Sí, señor. Las cerré como siempre, con llave. —¿Habeis bajado la primera esta mañana? —Sí, señor. He bajado antes que el criado y la cocinera. —¿Estaban las puertas como las habíais dejado? —Sí, señor, lo mismo. —¿No habeis visto nada desarreglado en la habitación? —No, señor. Todo estaba en orden. —¿Cuántas llaves había de la puerta? —Que yo sepa, tres. —¿Quién las tenía? —El señor conde tenía una, la señora otra y yo la tercera, que es esta. —¿Hé aquí la mía,—dijo el conde Ivan,—y aquí la de la calle. La doncella añadió señalando una que había encima de la mesa de noche. —¿Hé aquí la de la señora. El jefe de seguridad mandó llamar a la portera. Preguntóla el magistrado si cada inquilino tenía una llave de la puerta de entrada. —Cada inquilino posee tres,—repuso la portera,—pero en este momento no tenemos más que dos pisos alquilados. —¿Sabemos que el señor conde tenía una. Es preciso encontrar las otras dos. —¿Hé aquí una,—dijo la doncella sacándole del bolsillo.—La tercera debe estar colgada en la puerta de la escalera. Es la que usaba la señora. —¿Ved si está allí todavía. Fueron a buscarla y la encontraron allí efectivamente. Volvió a reanudarse el interrogatorio de la portera. —¿Ha salido anoche el otro inquilino? —No, señor. Hace seis semanas que está en la cama con dolores reumáticos. —¿Vive solo? —Con su mujer, su hija y dos criados. Uno de estos pudo haber salido. —¿Está bien. El comisario repuso dirigiéndose nuevamente a la doncella: —¿Reciba muchas visitas la señorita Octavia? —En otro tiempo sí, señor. —¿Y ahora? —Hace un mes no recibe más que al señor conde, y de tarde en tarde a un amigo del mismo, el señor vizconde Guy d'Arfeuilles. —Es innegable que ha salido un hombre de esta casa a las dos y media de la madrugada. ¿De qué habitación saldría? Nadie podía contestar a esta pregunta. —Ni mi marido ni yo hemos oído nada,—murmuró la portera.—Nunca tiramos del cordón sino cuando nos lo piden, y no nos lo han pedido. —Basta. La causa nos enseñará lo demás. En este momento volvió Fondelet acompañado de un médico y la señora Rosier. A una invitación del comisario se acercó el médico al cadáver y lo examinó. —¿Puede decirnos, caballero, de qué ha muerto esta mujer?—preguntó el magistrado. —De una congestión cerebral fulminante. —¿Es una suposición o una certeza? —Es una certeza, y resulta para mí del color violado del rostro... —¿No creéis que se haya cometido algún crimen?

—No, señor. —No nos queda, pues, más remedio que redactar un proceso verbal de muerte natural. ¡La fatalidad empujó para siempre esta boca de donde podría salir la verdad! —Yo no creo en la fatalidad,—dijo la señora Rosier.—Es preciso averiguar quién es el hombre que ha salido de aquí esta noche, cueste lo que cueste. —Y desgraciadamente no será yo quien pueda decirlo,—dijo una voz ahogada. Todos los personajes reunidos en la habitación de Octavia se volvieron hacia el recién llegado que acababa de hablar. Era Martel, que venía con las facciones descompuestas, los ojos inyectados de sangre y los vestidos llenos de barro. —¿Habeis perdido su pista?—exclamó el jefe de seguridad. —Sí, señor. —¿Vos tan hábil por lo general! ¿Cómo ha sido eso? —¡Os juro que no ha sido culpa mía! Le he seguido durante cuatro horas pasando por donde él pasaba y siendo su sombra. Durante cuatro horas me he hecho correr por caminos imposibles, oyendo que iba detrás de él. Al principio atravesé los boulevares exteriores llegando hasta Belleville. De allí tomé por el boulevard de Puebla, atravesé callejuelas y senderos perdidos, teniendo que meterme en el barro que no se podía ver gracias a la niebla. Cuando más hura más pensaba yo: ¡Bete bibou quiere cansarme! ¡Válor! ¡No perdereis su pista! Llegamos cerca de las fortificaciones. Tomé a la derecha, hacia Vincennes. Creí que quería ganar los bosques, y me froté las manos pensando hacerle prender al llegar a la barrera. Pero de pronto se metió por unos tortuosos senderos que conducen detrás del cementerio del Père-Lachaise. Mis alpargatas no agarraban en el barro, y vi que iba perdiendo distancia. De pronto se me fue un pie y rodé al fondo de una especie de acequia. Cuando pude salir de ella, había desaparecido el hombre. —Se nos escapó!—murmuró con voz sorda Aimée Joubert. —¡El instinto me dice, sin embargo, que ha entrado aquí y ha asesinado a esta desgraciada! —Pues os equivocáis por completo, buena mujer,—repuso el médico, a quien la vendedora de pan no inspiraba ninguna consideración.—Repito que no ha habido asesinato, sino una congestión cerebral. —Ya lo sabremos, caballero, porque voy a pedir que se haga la autopsia,—dijo el jefe de seguridad. —No os enseñaré nada. —¿Quién sabe?...

Ha transcurrido un mes desde la escena que acabamos de describir. Se procedió por orden del juez instructor, Pablo de Gibray, a la autopsia del cuerpo de la bella Octavia. Se descubrió que el afiler de oro había penetrado en el cerebro y, por consiguiente, que se había cometido un crimen. Este crimen se encañaba de una manera indescubierta a los anteriores; es más: hasta cierto punto era resultado de aquellos; pero no hacia luz en las pesquias de la policía. El crímen de la bella Octavia, detenido por el príncipe fue puesto en libertad inmediatamente probando su inocencia.





